

lantados y estudiosos; la situación geográfica, y ciertas dotes especiales de carácter, la designaban sobre las demás naciones para la realización de la magna empresa.

En la Península ibérica la guerra ha sido casi siempre lo cierto, lo indudable; y la paz lo casual, lo inesperado. Camino de todos los grandes éxodos, puente tendido sobre Europa para las invasiones meridionales, su suelo ha sido un eterno campo de batalla en el que se liquidó muchas veces la suerte de los destinos humanos.

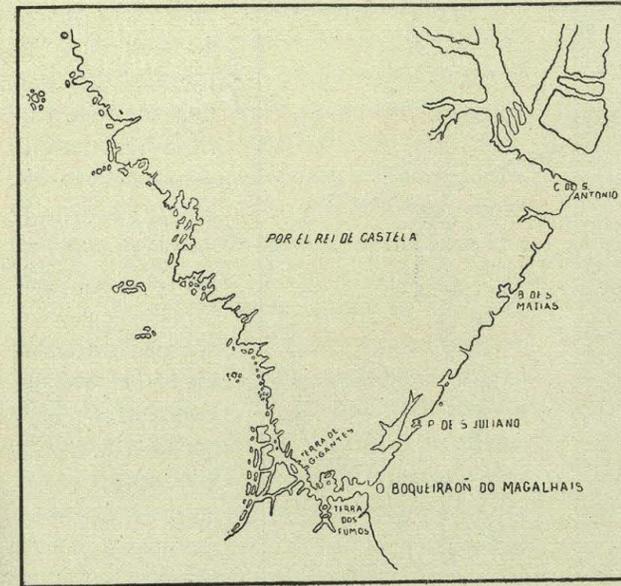
Su infancia empieza entre choques de razas. Al salir del caos celtibero, marcha con Aníbal al exterminio de Roma, y resiste fieramente á la ciudad-señora, cuando ésta, á su vez, viene con las armas en la mano á devolverle la visita. En vano los Emperadores cierran el templo de Jano y declaran la paz universal. Esta puede ser verdad en el resto del mundo, pero al Norte de España siguen resistiendo indómitas las tribus de cántabros y astures, y en las sierras del Centro pululan inapresables los belicosos vagabundos, remotos ascendientes del guerrillero moderno.



MAPA DE AMÉRICA, DE LA «COSMOGRAFÍA», DE BELLERO (1554)

Cuando al fin parece que España va á gozar una existencia de paz, sobreviene la invasión de los bárbaros septentrionales y se reanuda la lucha con vándalos, alanos, godos y visigodos. No está constituida la monarquía nacional, arde aún en la Península la guerra entre naturales, godos y bizantinos, cuando el chorro de una nueva raza viene á derramarse en la bullente caldera étnica. Son los árabes y bereberes; el Oriente, que llega para chocar con el Septentrion: y empieza una nueva lucha, de siete siglos; la famosa Reconquista, definitivo moldeo del pueblo hispánico.

Esta guerra es la escuela de los futuros conquistadores de un mundo virgen. La raza se endurece en una pelea incesante: el

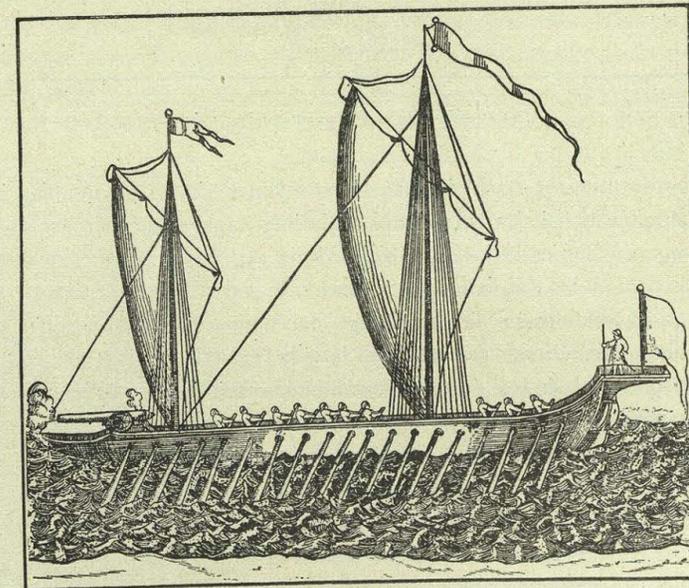


EL RÍO DE LA PLATA Y LA PATAGONIA, SEGÚN EL MAPA DE JUAN FREIRE (1546)

La guerra era de sorpresas, de astucias, de salvajes estratagemas y emboscadas. Esta escuela militar, cuyos cursos duraron siete siglos, produjo soldados aptos para la lucha con el guerrero de las selvas americanas, escurridizo, invisible y de golpe mortal como la serpiente. El árabe le enseñó á cabalgar en corceles indómitos y veloces; la tradición guerrera, que databa de las correrías de Aníbal, mantuvo sus arrestos de peón infatigable.

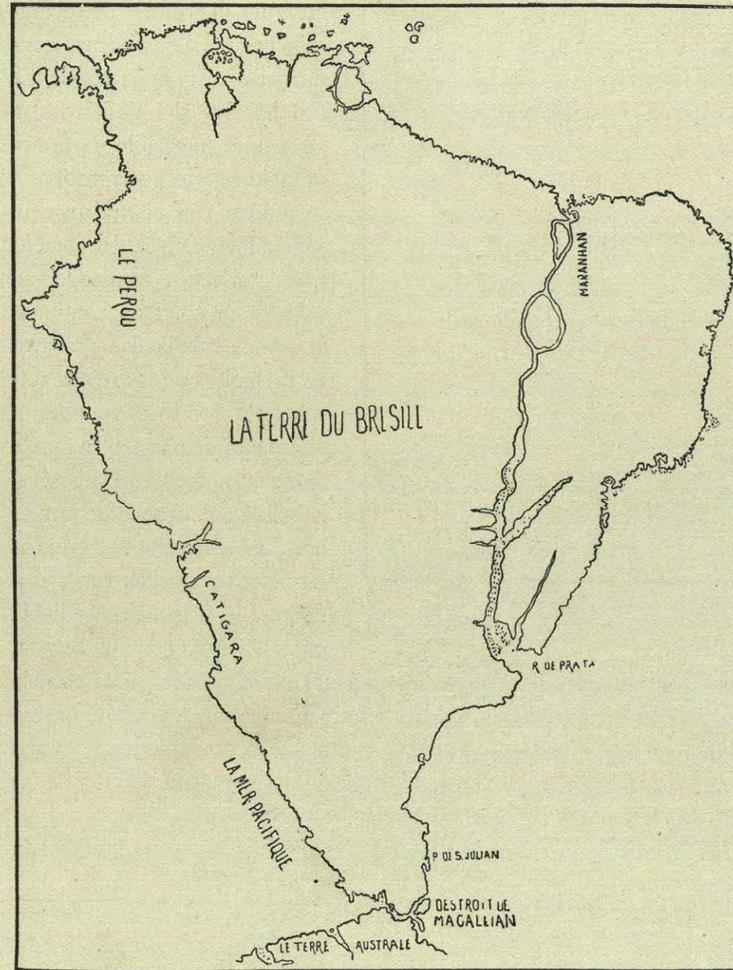
España introdujo en el arte de la guerra un nuevo y poderoso factor: la infantería, llamada «reina de los combates».

La lucha de guerrillas, sorpresas y emboscadas en las abruptas sierras de la Península, formó los infantes más duros é incansables. El hombre, armado á la ligera y marchando á pie, cobró confianza ante los férreos jinetes medioevales. Lo que le faltaba de resistencia para el aguante de los golpes, lo ganó en movilidad para darlos al enemigo. Los caballeros de Europa, acorazados de pies á cabeza, con los trotones cubiertos de casacas de hierro, tropezá-



GALERA ESPAÑOLA DE LAS QUE GUARDABAN LAS COSTAS Y RÍOS DE AMÉRICA (Grabado del siglo XVI).

cristiano, al cruzarse con el musulmán, une á sus buenas condiciones nativas la sobriedad del hombre del desierto. La testarudez impasible, la firmeza taciturna del guerrero ibero, se funden con el ardor y la agilidad panterisca del combatiente africano, formando un soldado único. Las continuas algaradas, cabalgadas y rebatos en los límites de los reinos musulmanes y cristianos, obligan al español de una y otra raza á arar sus campos, con la lanza ó la ballesta al alcance de la mano. Las operaciones agrícolas terminaban muchas veces con sangre. Una recolección había que asegurarla con una batalla.



FRAGMENTO DE UN MAPA-MUNDI FRANCÉS (1540)

los aventureros españoles fueron navegantes, jinetes incansables cuando la llaneza del suelo permitía la cabalgada, y duros andarines capaces de marchar meses y aun años por selvas vírgenes, sufriendo los rasguños de la vegetación, el acecho de los indios, la acometida de las fieras y los tormentos del hambre y la sed. Muchos de ellos desembarcaron en Méjico para venir á establecerse finalmente en los confines de la Patagonia, atravesando gran parte del continente. Otros, abandonando la vida regalada á orillas del Pacífico, lanzáronse á través de bosques y desiertos, é improvisaron embarcaciones en ríos como mares para salir, tras odiseica peregrinación, al Atlántico libre por la boca inmensa del Amazonas. El pie incansable valía tanto en ellos como la mano férrea y el ojo de ave de presa. El estómago, avezado á toda especie de carestías, fácilmente adaptable á los más extraños alimentos y pronto á familiarizarse con el vacío, les prestó tantos servicios como su corazón esforzado.

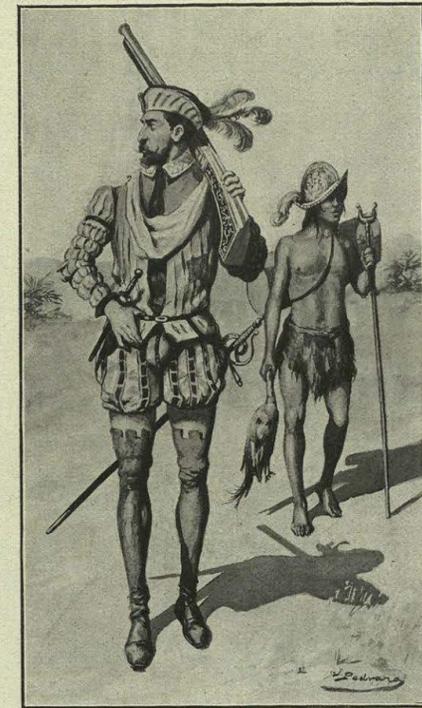
El hambre, un hambre que sólo el español podía sufrir, por estar habituado á las sobriedades africanas de su raza, acompañó al conquistador en las correrías por los desiertos del Chaco y las peladas altiplanicies del Alto Perú. ¡Qué de dramas han quedado ocultos en el mis-

ronse en los campos de Italia con la infantería del Gran Capitán, firme muralla humana que los recibió con relampagueos de arcabuz y erizadas masas de picas. Acabaron entonces los dominadores feudales. El rico ya no fué invencible sólo porque tenía medios de adquirir una armadura. La democracia intervino en la guerra con el decisivo valor del número.

De estas tropas, amaestradas por una pelea de siglos, surgieron los conquistadores, aptos para toda clase de operaciones belicosas. Semejantes á los legionarios romanos, que lo mismo peleaban en tierra que sobre el mar,

terio de estas exploraciones por soledades que, ni aun en los tiempos presentes, han recibido de nuevo la planta del hombre!... Existen desiertos en el corazón de América de los cuales parece haberse retirado la vida para siempre. El cielo triste relampaguea y tiembla cargado de electricidad, sin soltar una gota de agua; el suelo de bronce no permite el adorno de sus áridos peñascales con la más leve brizna de hierba: roca y áspera tierra por todos lados. El llama y la vicuña tuercen su carrera de trote infantil por no internarse en tales infiernos. Ni un animal, ni una planta se encuentran en estas soledades de leguas y leguas; y, sin embargo, por allí pasó el hombre, por allí caminó el aventurero español á impulsos de una heroica ignorancia, que le hacía marchar en línea recta, tras el revoloteo ilusorio de la Quimera, en busca de las montañas de oro. ¡Si se conocieran los dramas del hambre en estas expediciones á través de la nada!... En el primer sitio de la ciudad de Buenos Aires, defendida por los compañeros de Mendoza, la falta absoluta de víveres despertó á la bestia que todo hombre lleva dentro. El hambre, exacerbada hasta la locura, buscó un alimento en la carne humana.

Los bravos exploradores del desierto marcharon muchas veces á través de la más absoluta carestía, sin encontrar una planta, un guanaco extraviado, un charco de agua putrefacta. Tras ellos, llevando á lomos la impedimenta, caminaban los indios, más fuertes y frescos, por hallarse acostumbrados al clima y al país. Había que salir de aquel infierno de aridez: la sangre era un líquido como otro cualquiera para refrescar las ardorosas fauces; la carne se ofrecía indefensa, tras sus pasos, con la diabólica seducción de todas las cosas que resultan urgentemente necesarias para la existencia. ¡Quién sabe!... ¡Quién sabe!... El aventurero, al volver al

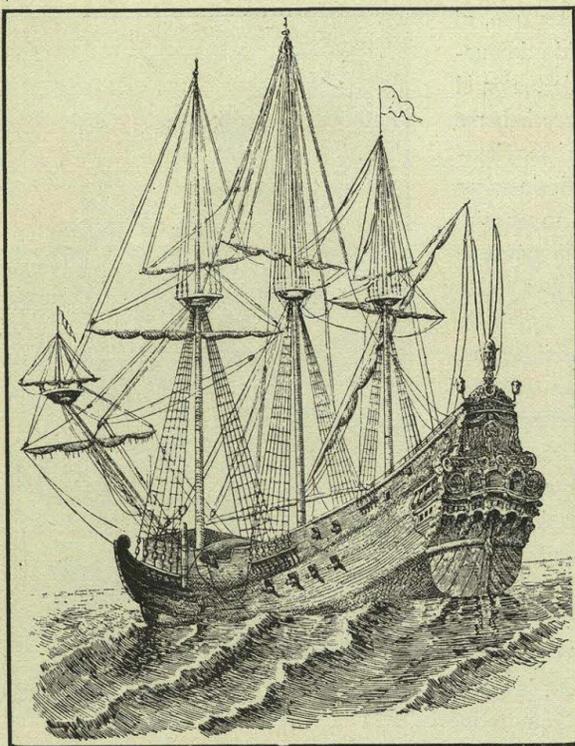


UN CONQUISTADOR



SOLDADOS ESPAÑOLES DE LA CONQUISTA (De un grabado antiguo).

regalado descanso de la naciente ciudad indio-española, no iba á contar la hazaña espeluznante á que le había impulsado su instinto de conservación; antes bien, procuraba olvidarla, acallando así sus remordimientos religiosos. Era caballero y cristiano; echaba en cara á los indígenas su antropofagia como un signo de bestial inferioridad; pero, ¡ay!, también el marino en días de bonanza, ó cuando se halla en tierra firme, es un hombre pacífico y culto, habituado al manejo de los más nobles descubrimientos humanos, y no obstante, más de cien veces, al verse en la soledad de las olas,



UNA CARRACA DEL SIGLO XVI (Sacada de un grabado de la época).

sobre la balsa del náufrago, echa suertes entre sus compañeros con horrible frialdad, y mata y come.

Estos conquistadores animosos, estos descamisados de la espada y de la Fe, que se arrojaron á través de un mundo desconocido, en continua batalla con el hambre y la muerte, para marchar tras un ideal (como siglos después se lanzaron otros vagabundos heroicos por el centro de Europa con la *Marsellesa* en los labios y los calzones rotos), no eran gentes rudas é iletradas, especie de perros de presa amaestrados únicamente por el combate. Los ignorantes del arte de escribir, como Pizarro, poseían un talento natural y grandes habilidades estratégicas.

Los más de los aventureros habían vestido bayetas escolásticas antes de ceñirse la coraza y frecuentado las aulas de Salamanca y Alcalá. Muchas veces, en sus horas

de vagar, dentro de la choza colonial, tomaban la pluma para escribir el relato de las hazañas de sus camaradas y las propias. Un antiguo estudiante, el capitán Hernán-Cortés, daba cuenta á Carlos V de sus descubrimientos y conquistas, en cartas de vigoroso colorido y palpitante realidad, que parecen descripciones de un novelista moderno.

Las tropas españolas de los siglos xv y xvi, escuelas de las que surgieron los conquistadores del Nuevo Mundo, equivalían á una selección de la raza. El soldado más humilde era un caballero por el hecho de ceñir espada. Los segundones de nobilísimas casas marchaban confundidos con los pobres hidalgos, llevando el arcabuz al hombro, en las filas de los tercios de Italia ó de Flandes. Todos se consideraban tan ilustres como el general, y cuando éste cometía un error no se recataban en publicarlo. Muchas veces, su instinto ó su experiencia les hacía emprender una operación por cuenta propia, sin orden alguna, que al final daba por resultado la victoria. Otras se quedaban sosteniendo una plaza que el rey les había mandado evacuar. Los generales llamaban á la tropa con temeroso respeto «Señores soldados». El fiero duque de Alba, que hablaba con altivez á los reyes, llamaba en sus proclamas y cartas á los individuos de los Tercios «Muy altos y poderosos hijos», suplicándoles que no le dieran disgustos, «por el gran amor y afición que les tenía».

De aquellas tropas podían surgir los simples soldados para convertirse en señores de tierras inmensas, ó virreyes herederos de un imperio. No sólo eran hombres de pelea y de fuerza bruta los soldados españoles de entonces. Uno se llamaba el Señor Miguel de Cervantes, otro Félix Lope de Vega, otro Don Pedro Calderón, otro Alonso de Ercilla. La lista de hombres de letras emparentados con las armas resulta interminable, pues en aquellos tiempos la mente sana iba

siempre acompañada de un brazo fuerte, y los guerreros de la literatura, antes de esgrimir la lengua maliciosa en mentideros y tertulias, habían esgrimido pica y espada en combates sangrientos.

Cuando se inició la epopeya de los conquistadores, la raza hispánica estaba en el apogeo de su vigor. Siete siglos de vida guerrera habían convertido al español en un superhombre de audacia y energía. Un caballero de la corte de los Reyes Católicos, para demostrar sus fuerzas, se arrojaba sobre una muela de molino, en plena rotación, deteniéndola entre sus brazos. Otro, con una galantería digna de Micromegas, arrancaba de un tirón gigantesco, en una iglesia, la pila de agua bendita para que mojase sus dedos más cómodamente una dama de baja estatura. Cierta capitán, futuro conquistador en el Nuevo Mundo, colocaba un tablón horizontal en lo más alto de la Giralda de Sevilla, y avanzando hasta su extremo, cubierto de la testa á los pies con la férrea armadura de combate, ejecutaba varias piruetas en el vacío para diversión de las bellas damas de la reina Isabel.

El día en que los monarcas Católicos plantaron la cruz sobre las torres de Granada, esta raza belicosa, que no comprendía la existencia sin aventuras y combates, quedó en medio de su triunfo como indecisa y desorientada.

Los moros habían sido vencidos para siempre: ya no quedaban en la Península enemigos con quienes reñir. ¡Y ellos sólo eran soldados, y no conocían otra ocupación que la de pelear! La guerra había acaparado toda la actividad de los fuertes... ¿Qué hacer?

Soñaban con prolongar su marcha triunfadora hacia el Sud, pasando el Estrecho, y meterse en África, devolviendo á los bereberes la visita avasalladora que habían hecho á España



UNA VISTA DE LA ANTIGUA SEVILLA CON LA FLOTA DE LAS INDIAS (Grabado del siglo xviii).